

sólo se transforman; son las leyes invariables de «una humanidad que sobrevive y que se perpetúa siempre a costa de hacer o padecer cada vez más atroces inhumanidades» (Sánchez Ferlosio). La escritura de Canetti, testimonio de su cruda y negra clarividencia, se alimenta de una mirada que persiste en sostener lo que somos, no en dulcificarlo u ocultarlo, se atiene a lo que llama Clément Rosset el principio de realidad suficiente, según el cual sólo el bien, lo otro del mal, necesita ser justificado. Canetti sabe, como Cioran, que existir equivale a una protesta contra la verdad y que al escritor sólo le cabe ser un testigo lúcido y resistente, alguien que sobrelleva la desdicha anotándola e interpretándola, porque el mero acto de escribir, cuando es auténtico, contiene un ápice de esperanza aunque provenga de la desesperación. La impostura o el mérito del que escribe es hacer del miedo una esperanza, buscando cómplices que le ayuden a sostener la crueldad de lo real: «¿Dónde estás, amigo al que puedo decirte la verdad sin sumirte en la desesperación?» (CSR, 116).

La dureza, la aparente falta de piedad, del pensamiento de Canetti, constituye su mayor virtud, porque le convierte en un eficaz antídoto contra la hipocresía filosófica generalizada que hoy padecemos, consistente en el abandono de toda reflexión radical. Si echamos otra ojeada a nuestro alrededor, a la época de la vanidad trágica en que vivimos, veremos que en nuestro mundo intelectual prolifera por doquier el género menor, la erudición carente de interés o la filosofía de gacetilla, abundan los «post», los «neos» y los «ismos» y escasean las ideas, sobran nombres y faltan hombres. No hay nadie capaz de contener el mundo en su cabeza, esa vieja raza de titanes desapareció, ni capaz de verlo desde una perspectiva radicalmente nueva. A falta de nuevas categorías, el pensamiento vive, o malvive, de refritos y de frívolas ocurrencias. Las supuestas novedades intelectuales de nuestro tiempo no hacen sino repetir hasta la saciedad viejas y gastadas ideas: no hay verdad, no hay absoluto, no hay centro. Sobre estas simples ideas se cimenta la mayoría de las veces un complicado andamiaje retórico que quiere hacerse pasar por pensamiento. Como heredera bastarda de la figura del pensador ha surgido, y se ha multiplicado, la del intelectual articulista y conferenciante, encaramado a todas las tribunas para hablar y escribir interminablemente sobre lo poco que se puede decir o, mejor dicho, lo poco que él es capaz de decir acerca de nuestra realidad.

Estamos perplejos, huérfanos de referencias, y nos sentimos impotentes para pensar, pero en lugar de ser la nuestra una perplejidad honrada y silenciosa se muestra descarada, hipócrita y parlanchina y, no teniendo nada que decir, todo el mundo se mata por hablar. Tal inflación del lenguaje, tal verborrea carente de contenido, ha convertido el pensamiento en una actividad ridícula y delirante. Los filósofos occidentales se han trasladado

del taller de las ideas al escaparate de los congresos, han dejado de hacer metafísica, sintiéndose muy ufanos por ello, y se dedican al teatro de variedades. La esterilidad de nuestro tiempo en creaciones intelectuales de cualquier índole se disfraza queriendo hacer pasar por virginales doncellas a las más viejas y decrepitas damas y pretendiendo que los enanos parezcan gigantes. Mientras el pensamiento occidental vive una época de crisis profunda y de falta de creatividad, el negocio de los intelectuales parlanchines marcha viento en popa: se multiplican los foros, los congresos, los simposios, las jornadas y los debates. Nadie diría que hay crisis de ideas si se dejara llevar por el número, por los emolumentos, por las palabras y los gestos de tantos supuestos ideantes. Al mismo tiempo, nuestra trivial y estupefaciente cultura ha abandonado todos los grandes problemas que de veras importan: el mal, la muerte, el poder, el amor, lo sagrado, etc. Como advierte Canetti, la cultura se cuece juntando todas las vanidades de aquellos que la fomentan y se convierte en un filtro peligroso que distrae de las cuestiones esenciales. Hoy la cultura se concibe como adorno, como consumo de lujo y privilegio de las clases medias acomodadas, mientras se extiende a gran escala un nuevo analfabetismo ilustrado, que consiste en el abandono tácito de los grandes interrogantes del hombre y en la adopción de la ciencia como nuevo opio del pueblo. Una ciencia, o mejor dicho, tecnociencia, que pretende prescindir de su raíz filosófica y que «embrutece los espíritus reduciendo su conciencia metafísica» (Cioran).

Estando así las cosas, tenemos que elegir entre la hipocresía que negocia su bienestar a cambio de la impostura y la falsedad o la cruda lucidez que prefiere la angustia a la frivolidad, porque sabe que esa frivolidad es sólo otra forma, una forma indigna, de angustia. Uno de los grandes méritos de Canetti es revelarnos el destino y el dilema fundamental de nuestro tiempo, mostrándonos que sólo podemos elegir entre una angustia *frívola* o una angustia *lúcida*, entre un miedo inconsciente o un miedo consciente, a la vez que señala a éste, el miedo, como el motor secreto de la historia y el resorte principal de la naturaleza humana. Comer o ser comido, perseguir o ser perseguido, matar o morir, perecer o sobrevivir, mandar u obedecer son las formas alternativas en las que ese miedo se ha manifestado y se manifiesta. Por eso, la gran pregunta antes mencionada («¿Cuándo se dejará de matar?») encierra la cuestión ética por excelencia, la paradoja no resuelta: cómo vivir sin sobrevivir, es decir, sin matar (animales u hombres), sin mandar ni obedecer, sin estar sujetos a la fatídica hegemonía del poder y de la muerte:

Pero somos vencedores, de todo hombre a quien conocemos bien y a quien sobrevivimos. Vencer es sobrevivir. ¿Cómo hay que hacer para seguir viviendo y, no obstante, no ser vencedor?

La cuadratura moral del círculo (PH, 165).

Esta cuadratura moral no por imposible es menos deseable para Canetti, al contrario, justamente es tanto más deseable cuanto menos posible, porque la dignidad, la trágica dignidad del hombre, es medirse insensatamente contra lo necesario, instalar la esperanza en el centro mismo de la desesperación. Es obstinarse en el delirio, salvar la exageración, ser razonablemente loco, despreciar la evidencia, cultivar la insensatez como la más alta forma de prudencia en un mundo en el que todo está patas arriba y en el que la verdadera locura pasa por ser sensata. La de Canetti es, sin duda, una lucidez quijotesca, que parece sacada de las palabras de Unamuno sobre nuestro inmortal héroe y caballero:

Adviértase que no se dio al mundo y a su obra redentora hasta frisar en los cincuenta, en bienazonada madurez de vida. No floreció, pues, su locura hasta que su cordura y su bondad hubieron sazonado bien. No fue un muchacho que se lanzara a tontas y a locas a una carrera mal conocida, sino un hombre sesudo y cuerdo que enloqueció de pura madurez de espíritu<sup>10</sup>.

La cruda claridad de Canetti no es la de Schopenhauer, Leopardi, Cioran o Clément Rosset, no se atiene exclusivamente a la lógica de lo peor, porque sabe que la verdad que no se transforma en nada es horror y devastación y que la inteligencia humana posee algún significado gracias a que impugna todo cuanto asume. Pero tal impugnación tampoco concede la razón al gremio de los optimistas históricos (Leibniz, Rousseau, Hegel, Comte o Marx), a aquellos para quienes no hay mal que por bien no venga. El lugar ético en el que Canetti se sitúa resulta revelador sobre lo inútil de la polémica entre pesimismo y optimismo, pues desmiente por igual la lógica de lo peor y la lógica de lo mejor, la primera por demasiado obvia, la segunda por demasiado cándida. Es cierto, como insinuaba Pío Baroja, que un optimista no piensa, pero no es menos cierto que un pesimista tampoco lo hace, ya que se limita a constatar lo evidente. Por eso, dice Canetti, «los pesimistas no son aburridos. Los pesimistas tienen razón. Los pesimistas son superfluos» (CSR, 148). Elías Canetti pertenece como pensador a la escuela imaginaria de los escépticos piadosos, de aquellos que practican la *skepsis*, el examen minucioso y descarnado de todas las cuestiones, como prueba necesaria que han de pasar la piedad y la esperanza para ser verdaderas: «Quizá nadie haya dudado del hombre tan profundamente como tú. Quizá por ello tenga tanto peso tu esperanza» (CSR, 212). En la dureza acerada de la reflexión de Canetti, detrás de la severidad de su mirada, se percibe un profundo y sincero humanismo que sólo es posible por ser implacable con la mendacidad y la hipocresía con las que queremos protegernos del miedo y de la angustia. Canetti es el fundador del humanismo paradójico, porque su misantropía sólo es equiparable a su amor por los hombres. Su pensamiento es la expresión fiel de una ética instalada en

<sup>10</sup> Miguel de Unamuno, Vida de Don Quijote y Sancho, Espasa-Calpe, Madrid 1966, págs. 22-23.

la paradoja, consciente de que tal vez todo sea inútil y sólo capaz de vivir como si no lo fuera, medidor meticuloso de la extensión de la mentira y obstinado en impugnarla, sabedor de nada y de la nada y antinihilista, conocedor profundo del *fatum* de la muerte y su más declarado e implacable enemigo, notario de la omnipresencia del poder y esperanzado por encontrar algo o a alguien en quien éste se halle ausente. Esta ética tiene como fundamental premisa que el mal y el bien son innatos en el hombre, esa paradoja viviente, el primero como algo dado, el segundo como santa negación de lo dado.

Canetti fue siempre consciente de que esa negación, esa tensión contra lo dado, sólo podía expresarla como tal, como negación y rebelión, como santo delirio que apuesta por no ver lo evidente: «una tensión terrible e incesante es la única digna del ser humano. Ver en ella un espejismo es signo de indignidad» (CSR, 131). Por eso nunca quiso ponerle nombre a ese desvarío al que llamamos esperanza, prefirió no tocarla, no edificarla sino en el silencio, allí donde cada cual tiene que construir la suya propia:

La forma de *Masa y poder* llegará a ser su fuerte. De haberlo continuado, hubieras destruido este libro con tus esperanzas. Tal como está ahora, obligas a los lectores a buscar *sus* propias esperanzas (CSR, 167).

La cruda claridad de Canetti es, para cuantos admiramos su obra, una extrema forma de piedad en un mundo impío, el modo honrado de vivir de un hombre que dijo su verdad sin tapujos hasta donde sabía, pero no para condenarnos sin paliativos o salvarnos a la fuerza, sino para denunciar y protestar contra lo que nos humilla y, al mismo tiempo, destacar y resaltar lo que nos dignifica y ensalza: «De entre los movimientos que agitan el espíritu del hombre no hay ninguno más hermoso ni más desesperado que el deseo de que le amen a uno por sí mismo» (PH, 64). Ese deseo fue, sin duda, el que impulsó e inspiró su escritura y ese mismo deseo es, tal vez, el que me empuja en estas páginas a honrar su memoria, la memoria de uno de nuestros pensadores más libres e implacables y, por eso mismo, más necesarios y verdaderos.

**José Martínez Hernández**